



Una imagen de tono gótico del Londres contemporáneo

GETTY IMAGES

Perfil Llega a España la obra de Iain Sinclair, figura clave del mundo cultural británico, especialmente en su faceta más subterránea y subversiva, y cultivador de la “psicogeografía”. El escritor Javier Calvo nos lo presenta

Mitología oculta de Londres

Javier Calvo, novelista, ha corrido a cargo de la selección y traducción de los textos de **Iain Sinclair** recogidos por la editorial Alpha Decay en el libro **‘La ciudad de las desapariciones’**, que llega esta semana a las librerías (288 páginas, 22,90 euros)

JAVIER CALVO

Con su iniciativa de publicar una antología de la obra de Iain Sinclair (Cardiff, 1943), la editorial Alpha Decay pone fin a la que me parece una de las ausencias más desconcertantes en nuestro mercado editorial. Desconocido en nuestro país pero fundamental en la escena cultural británica, Sinclair tiene una trayectoria bastante atípica. En los años sesenta y setenta fue una pieza clave del del underground londinense, publicando una obra en los campos de la poesía, el cine experimental y la narrativa que a pesar de

ser minoritaria, le granjearía la admiración de muchos artistas y escritores contemporáneos, así como su reputación de autor radical, tanto formal como políticamente.

Sus primeros libros, como *Lud heat* (1975), *White Chappell*, *scarlet tracings* (1987), o *Downriver* (1991) muestran su admiración por el movimiento beat americano, la poesía de Charles Olson o el cine de Stan Brakhage. Pero también por una serie de referentes locales como la arqueología británica, William Blake, Thomas de Quincey o la tradición de los Earth Mysteries que

estaban reivindicando por entonces la contracultura y el movimiento hippy. Y en el centro de esta explosiva combinación, la ciudad de Londres. Sinclair construye en esta primera época una nueva y fabulosa mitología de Londres, casi siempre recogiendo historias y figuras subterráneas o borradas intencionadamente por el pensamiento institucional: el Rey Lud, Jack el Destripador, los asesinatos de la carretera de Ratcliffe o las iglesias de Nicholas Hawksmoor reimaginadas como parte de un mapa de energías ocultas.

La intención de toda esta mitografía, igual que en el caso de Blake, es claramente política: su Londres oculto es un relato profundamente subversivo, que se opone continuamente a la transformación thatcherista del país. Cualquiera que sea el género, el discurso de Sinclair asume la forma de una vindicación. Relatos encadenados que remiten al pasado pagano de la ciudad, a la significación mágica del Támesis, a la tradición criminal del este de Londres. A una ciudad desaparecida y en desaparición. Junto con las manifestaciones artísticas “invisibles”, experimentales o subterráneas, voces marginales y alternativas al sistema, pícaros y desarrapados, todos estos elementos componen la mitología de lo que Sinclair llama “los reolvidados”.

La obra de Sinclair experimenta una transformación sustancial a partir de 1997 y de su libro *Lights out for the territory* (algo así como “El ocaso del territorio”). Sin perder sus referentes ni su estilo, sus escritos se vuelven cada vez más democráticos, más accesibles, más politizados y centrados en los eventos del presente. Su foco es la denuncia de los “grandes proyectos”

“Me baso en la marginalidad y la libertad que da ser pobre”

¿Puede hablarnos de sus años de estudiante en Dublín y cómo influyeron en su carrera? Parecen surgir muy a menudo en entrevistas a pesar de ser un periodo relativamente corto de su carrera.

Pasé cuatro años en el Trinity College de Dublín (alma máter de Samuel Beckett). Fue en los años bohemios posteriores a *The ginger man* de J.P. Donleavy. Antes había estado en Brixton, en el sur de Londres, en una escuela de cine bastante destaralada. Filmamos unos cuantos documentales en los mercados de allí y otros territorios locales. Luego, en verano, nos fuimos a España. El primer documental en el que trabajé (de guionista, ayudante de dirección y conductor) se hizo en Pamplona. En los Sanfermines. Creo que se pasó en la televisión holandesa. Dublín fue importante para mí en el sentido de que allí pude experimentar con la escritura y la interpretación: obras de teatro, películas y revistas. Y por supuesto, también pude adentrarme más en el legado de Joyce, Flann O'Brien, Beckett, Yeats y los demás. Mi relación con el mundo académico fue un poco incierta. Iba al mínimo de clases y hacía toda mi vida lejos de la universidad. La ciudad en sí era más importante. Ahora mi situación es más académica. Acabo de aceptar un puesto de profesor invitado en la University of Kent, en Canterbury.

Su llegada a Londres parece también un momento muy definitorio. ¿Cómo dio forma ese periodo al inicio de su carrera?

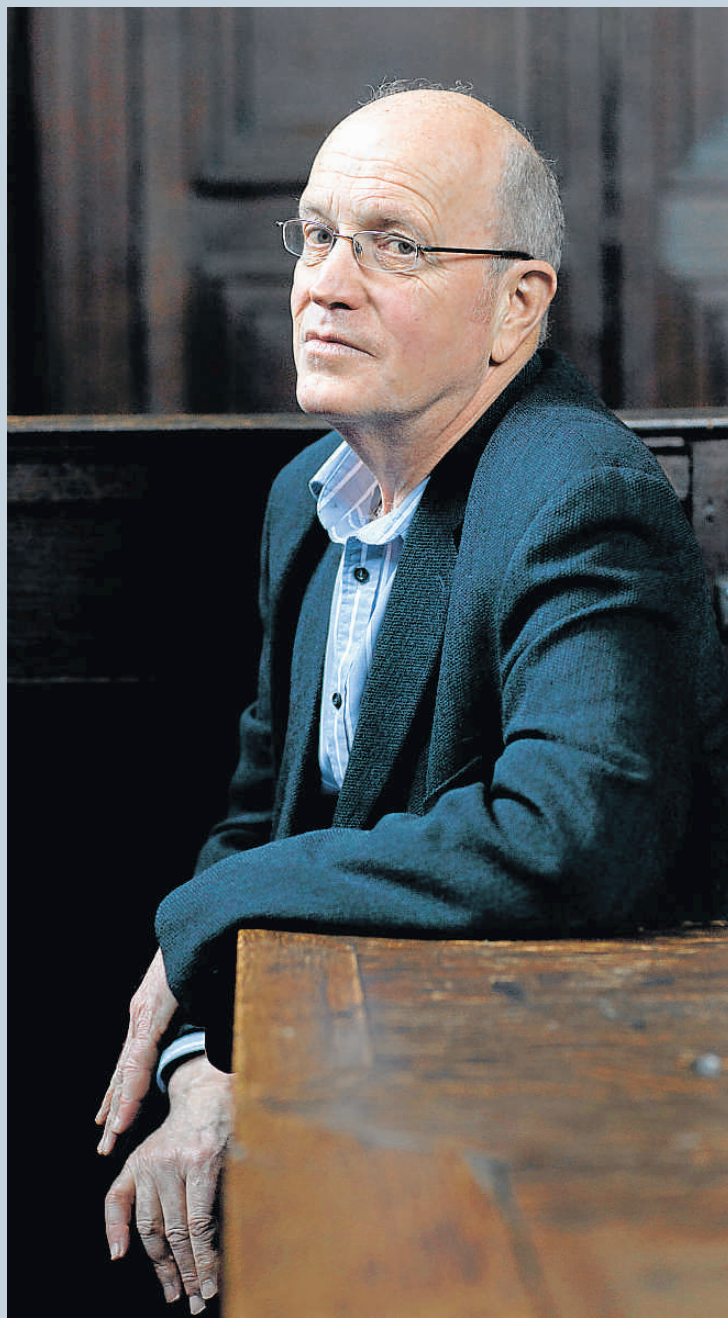
Mi llegada a Hackney (más que a Londres en sí) fue el momento definitorio. Y también montar mi propia pequeña editorial: Albion Village Press. Por entonces para mí la autoedición fue la mejor forma de dar salida a mi material. En aquella época, finales de los sesenta, no costaba demasiado dinero, y había una red que apoyaba la edición underground, incluyendo librerías encantadas de colocar y vender este material. Los largos años de experimentación en la marginalidad (y la libertad que da el ser pobre) sentaron las bases para todo lo que vendría después. Aparte de esto, viviendo en una comuna de Hackney,

empezamos a hacer “diarios” filmados en formato de 8 milímetros, en la vena de Stan Brakhage. Esas experiencias dieron forma a mi manera de escribir.

El punto de partida “oficial” de su obra fue el congreso ‘Diálecticas de la Liberación’ que tuvo lugar en Londres en 1967, donde hizo su primer documental sobre Allen Ginsberg. ¿Qué supuso este episodio para usted?

Allí asistieron gente como Stokely Carmichael, grupos independientes de San Francisco como los Diggers, Markus Bateman, Paul Goodman, los

antipsiquiatras, RD Laing, Dave Cooper, un caldo de cultivo alucinante de voces ególatras y compitiendo, todas presentando sus ideas, y todo el mundo viéndolo allí y trabajando con la idea de que hay que cambiar físicamente la ciudad, hay que cambiarlo todo. También pude conocer a gente como los Diggers holandeses, que estaban viviendo en Londres, y anarquistas cuyos planes incluían acampar en los parques y cosas así. De forma que de pronto me cayó encima una cantidad enorme de cosas que pensar, y que seguí pensando en los años venideros.



El escritor y periodista Iain Sinclair

GETTY

emprendidos en Londres por el capital y sus lacayos políticos. Las Docklands, la Cúpula del Milenio, la Autopista Orbital M25 y las Olimpiadas del 2012: transformaciones urbanas verticales, expulsión de la población local, gentrificación, borrado de la memoria, triunfo del capitalismo global.

A esta Mitología del Mal Sinclair se enfrenta con ingenio cervantino y humor verbal shakespeariano, transformándose a sí mismo en personaje de sus libros, embarcado en una serie de excéntricos rituales exploratorios a pie, acompañados de un fotógrafo, que son la base de su “escritura documental”, una aguerrida mezcla de crónica en primera persona, escritura de combate, reportaje y ficción. En sus libros, Sinclair documenta extravagantes peregrinaciones a pie por autopistas orbitales completamente inhumanas e imposibles de recorrer caminando; por los nuevos barrios blindados y ultravigilados de la élite financiera thatcherista; por las absurdas celebraciones institucionales del Milenio y las Olimpiadas. Ese caminante quijotesco, mosca cojonera de la ciudad higienizada e hipercontrolada, es también una poderosa

El mejor estilista británico de su generación recoge historias borradas por las instituciones

representación del exiliado del nuevo mundo global, el ciudadano del margen, sin poder ni acceso.

La ciudad de las desapariciones, que recoge una selección de cuarenta años de la obra de Sinclair, es una publicación pertinente por varias razones. Sinclair es posiblemente el mejor estilista británico de su generación. Su obra ha sido tan influyente que casi se puede decir que en España lo conocemos indirectamente a través de sus discípulos. Ninguna crónica del modernismo o la vanguardia inglesa está completa sin el nombre de Sinclair, su representante más excelso del último medio siglo. A todo esto yo le añadiría la universalidad de su planteamiento, sobre todo en una época en que todos sus vaticinios se han cumplido y la destrucción capitalista de las ciudades, su uniformización y el borrado de la memoria histórica ya ocupa el centro de una gran parte del pensamiento político y cultural.

La ciudad de las desapariciones es escritura de batalla. La crónica, década a década, de una misión épica, fabulosa, a veces surrealista y a veces amarga. La guerra individual de un hombre contra el Gran Proyecto del poder. Una lucha asimétrica cuyas mismas dimensiones exponen la banalidad del mal y la condición del ciudadano contemporáneo. |